REVISTA DE MARINA

Valparaíso (Chile) 2º bimestre 1982 Volumen 99 Número 747

EDITORIAL



TIERRA DE OCEANO

uando Benjamín Subercaseaux bautizó a Chilercomo "tierra de océano", acuñó una expresión que cala muy hondo en la esencia de nuestro país, pues hace aflorar —de esa formal contradicción de las palabras— la presencia dominante de los espacios marítimos por sobre las desconectadas extensiones de nuestro suelo.

No obstante el acierto de tal denominación, la percepción nacional del carácter esencial de su habitat sigue siendo sensiblemente igual a la que naciera junto a los primeros forjadores del alma nacional, circunscritos como estaban al esfuerzo constante de hacer producir y defender militarmente aquellos feraces terruños que constituían el ámbito concreto del Chile colonial.

En el largo proceso de maduración de nuestra mentalidad nacional, la tendencia ha sido afincar aún más hondamente el aprecio por el elemento tierra; si algo nuevo pudiera destacarse es el surgimiento progresivo de una estrecha vinculación entre ella y el hombre, que la hace producir y la defiende. Fue la tierra labrada y regada con el sudor y sangre de chilenos la que alcanzó un grado tal de sublimación que se convirtió verdaderamente en

el magno símbolo del suelo patrio, heredad suprema de la nacionalidad. Ello puede explicar la pasmosa indiferencia por las áreas trasandinas y la vehemente adhesión a los territorios nortinos, que caracterizaron la actitud nacional en el siglo pasado.

En el transcurso del siglo XX, tanto la evolución del desarrollo económico —orientado hacia la industrialización, que desconecta de la tierra— como la consolidación jurídica de los ámbitos terrestres nacionales —que tiende un sutil manto de perennidad a los límites fronterizos— han mantenido sin mayor evolución a la concepción tradicional del territorio nacional, reforzando con ello —con la ayuda de una reiteración educacional rutinaria— la interpretación restrictiva del suelo patrio como aquellas extensiones de tierra que han dado y siguen dando frutos en retribución al esfuerzo que los habitantes de Chile han aplicado sobre ellas.

El mar -salvo connotaciones marginales irrelevantes ha estado ausente de la concepción que el chileno tiene de su territorio nacional; por el contrario, siempre lo ha considerado en calidad de simple límite.

* * *

En la actualidad hay varios factores que alientan la posibilidad que esto cambie. Entre ellos están los de carácter económico y los de orden cultural. Los primeros presentan circunstancias tales como las variadas capacidades en vigencia y en desarrollo para utilizar los océanos como fuente de recursos de todo orden; el creciente comercio internacional, que asigna a los mares un papel estelar en su crecimiento; las mejores condiciones para elevar la calidad de la vida, que presentan naturalmente las áreas litorales; la palpable renovabilidad de los recursos vivos marinos, autogenerados con ritmos muy superiores a los del agro tradicional y, por lo demás, disponibles con exigencias mínimas, sin exigir la previa propiedad privada de las áreas explotables. Todo ello crea circunstancias atractivas para incorporar el territorio marítimo y los recursos de sus áreas adyacentes al dominio jurídico y práctico del habitante chileno, despertando concepciones más amplias respecto del verdadero sentido que debe darse a lo que entendemos como patrimonio nacional.

Es en este ámbito económico donde el mar surge como una posibilidad manifiesta de convertirse en el más contundente aporte que pueda recibir Chile para cimentar su futuro. Las numerosas vetas productivas del mar, de sus fondos y del subsuelo marino, constituyen elementos concretos para un crecimiento económico acelerado. Su abundancia, variedad y cercanía, hacen de nuestro mar jurisdiccional una inagotable fuente de

EDITORIAL 143

recursos que la tecnología moderna está posibilitando obtener y transformar en bienes de gran demanda nacional e internacional. El transporte marítimo, por otra parte, estructurado y operado con avanzadas técnicas gerenciales y con eficientes tripulaciones nacionales, es otra vertiente de la colmada cornucopia marítima en la que Chile basa sus expectativas más firmes para alcanzar la preeminencia marítima que su situación geográfica le facilita y su historia le recomienda.

El ámbito cultural ha logrado —con cierta lentitud, pero con creciente aceleración- descubrir en la historia nacional la desconocida gravitación del mar en los destinos nacionales, destacando cómo los hechos más significativos de su desenvolvimiento como nación soberana han estado estrechamente ligados al mar. Especial relevancia tienen las evidencias que avalan dicha estrecha relación, no sólo en el campo bélico -como corrientemente se acepta – ni en el más amplio y permanente del crecimiento económico, sino en las tantas actividades marítimas de variado tipo, tales como la diversificación y progreso técnicos, a través de importantes grupos de profesionales del mar y actividades afines; el asentamiento poblacional en áreas inaccesibles del litoral austral, con la proyección cultural que ello implica; la vinculación de tales localidades y de otras estrictamente insulares -como Juan Fernández, Santa María, Mocha y Pascua- a los núcleos correspondientes, manteniendo la cohesión nacional.

* * *

Es tal el peso de los factores reseñados que su sola presencia impulsa a los acontecimientos hacia su reconocimiento y desarrollo. No obstante, es indispensable descubrirlos y comunicarlos. No basta que una minoría perspicaz y vigilante los conozca e intuya su formidable impacto en el destino nacional; es forzoso divulgar su existencia y sus características y potencialidades, pues de otro modo su desarrollo no se beneficiaría del impulso arrollador que otorga el consenso general y una voluntad colectiva concurrente.

Es por eso que el Mes del Mar es, ahora más que nunca, una institución nacional indispensable. Si bien para algunos es insuficiente, un criterio más realista acepta que, tal como está, constituye un digno y utilísimo esfuerzo que permitirá compensar largos años de indiferencia y olvido, y, con su reiteración periódica, alcanzar una progresiva ampliación de sus campos de acción y una creciente profundización de sus temas de estudio.

Con esta meta en mente, el Mes del Mar contribuirá a formar y desarrollar esa conciencia marítima que nos hará, como

personas, racionalmente concordantes con nuestro entorno natural y, como chilenos, ciudadanos masivamente comprometidos en alcanzar nuestro destino marítimo nacional.

* * *

No podríamos referirnos al Mes del Mar sin hacer mención a una figura clave de este período: Prat.

Tal vez el factor que más une al chileno con el mar sea el intenso impacto que la personalidad de Prat ha tenido sobre la receptividad sentimental de nuestro pueblo. La imagen del héroe naval ha arraigado profundamente en el corazón de los chilenos; junto con ello, al colmar su capacidad de asombro ante los eventos marinos, ha incorporado a ellos un halo de distante majestuosidad que la propia lejanía de las actividades marineras ha contribuido a acentuar. Debemos ampliar, pues, los contactos ciudadanos con el mar.

Un interesante catastro realizado en todo el país — cuyo resultado se muestra en nuestras páginas interiores — señala con singular verismo la profundidad del aprecio y veneración que los chilenos sienten por el Capitán Prat, el que reflejan en los monumentos levantados en su memoria. Sin mediar promoción alguna, sino ante la demanda espontánea y sostenida de tantas comunidades locales, el "mapa de Prat en el corazón de los chilenos" nos deslumbra por evidenciar la generalizada obsesión de un pueblo flechado por el arrojo consciente y el patriotismo sublime de ese niño de campo, de ese hombre de mar y ciudadano ilustre, de ese héroe ejemplar. Pareciera que cada chileno ha querido tenerlo muy cerca en el solar principal de su pueblo, observando con sus ojos cuajados de infinito el gozoso juguetear de los niños, la sutil florescencia de un juvenil romance, el tranquilo solaz de antiguos lugareños, la ceremonia solemne del devenir cívico.

Nuestra conciencia marítima tiene en Prat un puente de plata por el cual el alma nacional debiera hacer el tránsito hacia su mar y su destino. Conocer y admirar el puente, sin cruzarlo, no es suficiente ni justo, pues le negamos de hecho su condición esencial, frustrando su legítima expectativa, ganada con valor, honor y gloria. El mejor homenaje a Prat es edificar sobre su memoria al Chile marítimo que su insigne espada defendió. Entendamos su mensaje, que no es otro que conocer al mar; cuanto más lo hagamos, más nos sabrá proyectar. Entreabramos los pliegues de la historia para descubrir el sentido a su gloriosa gesta, y así poder reencontrarnos con su espíritu en los azules horizontes, que son los que señalan la verdadera dimensión de nuestra "tierra de océano".